

Y aunque vivas, vives muerto
en lo frágil é inconstante,
quedando de uno á otro instante
bien que incierto-cierto-yerto.

Con nuestra alma al cielo sube
por caudal solo un *pequé*,
sin que allá valga en lo que
no retuve-tuve-hube

Que prefiera al interés
divino, gloria profana!
Tal la ceguedad humana
en mortales-tales-es.

Enmienda tu vida, y ya
al alma que te gobierna,
pues Dios con la vida eterna
te convida-vida-da.

A tu salvación aspira,
elije lo que aprovecha,
que la verdad la paz flecha
la mentira-tira-ira.

Teme el fuego del infierno,
busca al cielo, donde está
nuestro Dios, que fué y será
de ab-eterno-eterno-terno,

Muerte padeció y pasión,
y por *ta* del gran Jehová
padeció también en la
compasión-pasión-Sión.

Con mi llanto satisfago
lo que al mérito faltó,
pues por el fuego, con lo
que le apago-pago-hago.

A aquel que llega á anegalle
su llanto á la infernal peste
anega, y á cuanto en este
(á estorballe)-valle-halle

Y aunque acción tan generosa
es vencer á Satanás,
en vencerse uno á sí más
belicosa-cosa-osa.

Ni excusarás el revés
de la Parca: de otra suerte,
hombre, aunque contra la muerte
des Alcides-cides-des.

Tu te haces la mayor guerra,
que, al irte desmoronando,
en tí te vas enterrando
y se entierra-en tierra-tierra.

JUICIO SINTÉTICO

Lo fúnebre del tema nos está revelando que el virrey se sentía ya muy próximo á la tumba. Esto nos excusa de todo comentario sobre las sibilinas é insulsas redondillas leídas por los poetas.

R. P.

ACTA VIGÉSIMA

DE LA ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ, EN LA CASA DE CAMPO DE SU EXCELENCIA,

EL LÚNES 17 DE MARZO DE 1710

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

El P. M. fray Agustín Sanz — *Don Pedro Joseph Bermúdez*
El licenciado don Miguel Cascaete — *Don Pedro de Peralta*
El marqués de Brenes — *Don Jerónimo de Monforte*
Don Juan Manuel de Rojas — *Don Matías Angles*

Habiendo observado S. E., en la Academia antecedente, que el Mayordomo de la Casa de Campo donde se celebró, siendo muy sordo, se había puesto con mucha atención á escuchar por una ventana, dió por asunto á los ingenios escribiesen en diez quintillas, ó más si quisieren, la milagrosa maravilla de sus obras, pues sus efectos son atraer sordos que las oigan.

Del P. M. fray Agustín Sanz:

Mándanle á mi ingenio rudo
á la Academia aplaudir;
y quien lo mandó, bien pudo...
¿por qué no hará hablar á un mudo
quien á un sordo le hizo oír?

Mas con mil cuidados lucho
para hablar de la Academia,
pues me parece que escucho
que hablar y no decir mucho,
es más que elogio blasfemia.

Un sordo que á ella asistió
motivo á este asunto fué;
y aunque el conclave asintió,
mas como el oído faltó
no fué motivo de fe.

Asomóse á una ventana
el buen sordo mayordomo,
y aunque de oír tuvo gana
que no pudo es cosa llana...
¿qué es oír? ni por asomo.

Boca y ojos por oídos
abría con gran cuidado,
y allí, conformes y unidos,
estuvimos persuadidos
á que él estaba asomado.

Sin duda oyó por la boca;
no sé si se los tragaba;
mas á creer me provoca,
y no con razón muy poca,
que de los versos gustaba.

En tanto que se leía
prestaba atento el oído,
y ésta la causa sería
porque este sordo no oía
que, al prestarle, le ha perdido.

Como cada cual leyó
sus obras muy bien escritas
el sordo las aprobó,
y para sí las juzgó
unas cosas inauditas.

Tal cual verso mal sonante
por no estar muy bien medido
(aunque fuera de Cascante,
que en todo es tan elegante)
no le sentaba al oído.

En aquella Academia
tratar del barro fué todo;
mas ningún efecto hacía,
que él los oídos tenía
cerrados á piedra y lodo.

De la música el concento
y de sus voces veloces
escuchaba el sordo atento;
mas dijo con sentimiento:
¿somos sordos que dan voces?

Vió sentado á Su Excelencia
supremo gobernador,
y pensando que era Audiencia
pretendió, con impaciencia,
pasar de sordo á oidor.

Díjele con voz severa
¿qué quereis? y él con risillas
dijo: buena friolera!
que me quiten la sordera
pues que aquí haen maravillas.

Yo entonces le repliqué,
dándole muy grandes gritos:—
un consejo le daré;
si sanará no lo sé,
que aquí no hacen milagritos.

Peró mire á Su Excelencia
que el primer asiento ocupa,

Del licenciado don Miguel Cascante:

Sacro Apolo, da á mi ruda
zampoña suave el aliento
que la considero muda;
no seas sorda á mi lamento
cuando grata te saluda!

que es un Nilo en la afluencia,
y al llegar á su presencia
acaso se catadupa.

Aunque el oído perdiste,
muy sobrada razón tienes
en venir donde veniste,
pues cuanto hay que oír oiste
oyendo al marqués de Brenes.

Si áspid sordo entre esas flores
fuiste, ya es bien que te mudés;
oirás más finos colores
en los discretos primores
que escribe siempre Bermúdez.

Ya del corporal sentido
no debes sentir la falta,
si es que acaso lo has perdido
escuchando lo subido
del discurrir de Peralta.

Ya es preciso que conquiste
de tu oído la dureza
el alma, donaire y chiste,
con que en lo moral te embiste
de Monforte la agudeza.

Aunque afectes la sordera,
sabio encantador Cascante
con sus versos, de manera
te elevará (como él quiera)
que es preciso que te encante.

Rojas ingenio florido,
muy elegante y discreto,
bellas coplas ha traído;
pero el sordo le ha ofrecido
que le guardará el secreto.

Angles, aunque ahora empieza,
razón es que al mundo admire,
pues muestra tanta destreza
que aun cuando sus versos reza,
et zurdos fecit admire.

La Academia, en fin, discreta
con razón mi voz aclama;
pues, con admirable treta,
al sordo habla con trompeta
que ya es clarín de la Fama.

Si destierras con tus luces
de las sombras los horrores
y su concepto trasluces,
goce, pues, de tus favores
pues la ves sin cruz y en cruces.

Permite vigor recobre
vena que ha sido tan tuya;
con tu espíritu se influya
que, en dejando de ser pobre,
te cantará el alehuya.

Mas ya el asunto me tira
con furor de las orejas,
y el sordo desde las rejas
dice que escucha la lira
por debajo de las cejas.

Aunque me ven mayordomo
y de este color tostado,
sepan que soy delicado
en discurrir, y me tomo
la licencia que no han dado.

Yo con los ojos escucho
si otros van por los oídos,
y en esto no digo mucho,
porqué soy raro avechicho
cuando aplico los sentidos.

Atiendan, si les parece,
lo que escuché por los ojos,
que mi oído no aparece;
y no les parezca antojos
cuanto de sus obras rece.

Del Padre Sanz escuché
doctos y graves conceptos,
y en sus discursos hallé
los soberanos afectos
que son la luz de la fe.

A Brenes vi trasformado
en misionero elocuente,
poniendo el polvo en la frente
á cualquier suerte ó estado
con devoción reverente.

Rojas, aunque estuvo ausente,
mereció por la armonía
de su delicada mente,
que los cisnes á porfia
le aplaudan como presente.

Bermúdez, con el primor
de su natural acierto,
como cisne superior
logra armonía y concierto
voz, pluma, aliento y rumor.

Peralta, con voz severa
gritos da á los huesos secos,
diciendo á qué el hombre espera
cuando, en esos secos huecos,
se esconde la Primavera.

Monforte con elocuencia
natural, y no precisa,
de nuestro bien nos avisa,

y con grande persistencia
nos ha puesto la ceniza.

Mathías, cual dulce Orfeo,
académico se admira,
pues cuando pulsa la lira
es cuando logra el trofeo
en el que sus cantos mira.

De la música percibo
las letras y los compases,
y de su armonía recibo,
en bien cortesanias frases,
el aliento con que vivo.

Solo es sordo el que no atiende
y no lo es aquel que escucha;
entre el que oyó y no lo entiende,
y el que es sordo y lo comprende,
es la diferencia mucha.

Que el sentido que le falta
suple con otro sentido;
y lo que negó al oído
por disposición muy alta,
á la vista ha concedido.

Por ello oigo y entiendo
cuanto escribe el pensamiento,
y cuando le estoy leyendo
en las voces de su aliento
es cuando más le comprendo.

De qué se admiró el reparo
cuando en la reja me ve?
Esto, qué tiene de raro?
Si he de decir el porqué
dirélo sin ser avaro.

Si Febo es el presidente
de la noche, dónde ardía
su espíritu preeminente,
no fuera gran cobardía
que no me hallase presente?

Perdona, señor, perdona,
que un rústico piense, osado,
acertar con el traslado
que es copia de tu persona
cuando se ve en tal estado.

Eres sol del occidente
de quien coje luz la luna;
siempre te tenga presente
porque seas la columna
que nuestros orbes sustente.

A la Academia dedico
con reverente cuidado
el oído que he ganado,
y esto bien lo certifico
si oír sus plumas he logrado.

Del marqués de Brenes:

Oh milagro del Museo
con un sordo (sin enojos)
oigan (por ser de recreo)
en que metió á su deseo
los oídos por los ojos.

Por esto surcar la mar
mandan del mundo en mil bordos
de aplausos: voy á empezar;
pero tan recio he de hablar
que haré que me oigan los sordos.

A este asunto, no comunes
conceptos. Musa, me ensartes,
ni con lo vulgar te aúnes,
intentando por ser lunes
el darme con la del martes.

Fué el caso que al sordo instaba
de la vista allí el sentido
cuando al Museo miraba,
y á él con su oreja clamaba
que le diese claro oído.

Merézcale este favor,
Museo, aquí á tu clemencia,
decía, con gran fervor;
pues lograré ser oidor
como tú me des audiencia.

De su deseo engañado
se arrimó como á oír allí,
diciendo muy ponderado:
á mi vista mi oído ha dado
el poder para oír por mí.

Llegó, y como presumía
que desde allí oyendo estaba,
alegre así se decía:
que imaginaba que oía
lo mismo que imaginaba.

Con voz dice ponderada:
de gusto el sentido pierdo,
y así no se me dá nada,
con mi audiencia imaginada
de no volver en mi acuerdo.

Aunque soy pobre mulato
que juzgues que te oiga deja
(decía) oh, Museo grato!
y sabe que de tí trato;
desde hoy soy perro de oreja.

Enseñas que celebrando
el mundo te está admirando;
Museo, estoy en lo que enseñas,

dijo, y lo he estado escuchando
con los ojos por más señas.

La aprensión tan divertido
le tuvo, que le dejó
ciertamente persuadido
á que muy bien había oído
todo aquello que no oyó.

Oh! Museo singular!
de tí se debe advertir
el que se podrá esperar,
que harás á mudos hablar
si á sordos haces oír.

Tu aplauso tienes contigo,
pues nada llega á igualarte;
y hago aquí á Apolo testigo
de que por todos lo digo,
Museo, salva mi parte.

¿Quién ha de igualarte, pues
logras tú la preeminencia
del presidente que ves,
que entre los más grandes es
el grande por excelencia? (1)

Este es aquel venerado
Semmenat, de ciencias centro:
oh! qué presto mi cuidado
con su aplauso aquí he encontrado,
pues lo Semmenat encuentrol

Un paseo es cualquiera obra
suya, por profunda y alta;
y esto á todos es zozobra,
pues la ciencia que en él sobra
á ellos es la que hace falta.

Viendo la Fama que espejo
él es de luz sin segundo,
y que era ya á su reflejo
breve esfera el mundo viejo,
le hizo este otro Nuevo Mundo.

Todo á su ingenio se allana:
su pluma hasta el cielo vuela,
y su Musa soberana
corrige á Apolo la plana,
que es con él niño de escuela.

Son de su escudo blasones
palmas y olas; y no dudo,
sin valerme de opiniones,
que más que muchos millones
vale solo aqueste escudo.

Las palmas y alas se aunaron

(1) Pasmoso torrente de adulaciones.—R. P.

en él con plumas y balas,
y de esa suerte lograron
el que las armas volaron
dándole las plumas alas

Dice al oír lo que publico
la Fama: aunque el aire rompa
con mi trompa, certifico
que, para alabar su pico,
aún no es bastante mi trompa.

Su modestia, sin desvíos
oiga aplausos singulares,
que en él ven los ojos míos
desde un castillo en dos ríos
todas las ciencias á mares.

A éste, pues, que veneramos,
por ser dueño de las almas,
llévenle los que aquí estamos,
sin ser domingo de Ramos,
al solio inmortal en palmas.

Paso, pues, á hacer revista
y veré (sin que sea arrojo)
de tanto ingenio la lista,
pues como están á la vista
haciéndome están del ojo.

De Cascante es bien que alabe
á su única Musa sola
la primera, pues se sabe
que á todo asunto su cabe
pega, y escurre la bola.

Como sus versos contienen
tal concepto, opinión es,
y en ella todos convienen,
que el mismo sentido tienen
al derecho que al revés.

Con tal numen escribió
de Atis la dulce tragedia,
que a cualquiera que la vió
fábula le pareció
lo que vido en la comedia.

Inimitable es Miguel
en lo serio y lo jocoso,
y así es digno de laurel;
pues lo mismo es para él
fácil que dificultoso.

Del padre Sanz es la pluma
hoy la nona maravilla,
pues surca el aire y la espuma;
y así Apolo le ha hecho en suma
poeta de su capilla.

Bermúdez con su primor
da á las musas quince y falta;
y en el Parnaso, en rigor,

aún sin lo alguacil mayor
puede entrar con vara alta.

En Villar del Tajo miro
que, en letras y armas igual,
nos tiene desde aquí á tiro;
y así en el marqués admiro
que, en todo, es muy general.

De Peralta la altanera
pluma, remonta sus vuelos
á la celestial esfera,
con que el orbe le venera;
porque escribe de los cielos.

Monforte es un delicado
discreto ingenio de corte,
y como tal celebrado;
pues escribe tan delgado
que no parece Mont forte.

Apolo en Rojas se mira
que á coronarle con rosas
flores su deseo tira;
pues por su boca se admira
que lo más florido arrojas.

Don Mathías, el garzón,
escribe al uso y sin ruela,
y es digno de galardón,
al ver que no es zancarrón
aún con ser el mismo Meca.

Yo también voy á elogiarme
y á hacerme dos mil mercedes
é infinito á ponderarme,
y así empezaré á alabarme
dándome licencia ustedes.

Latín jamás le aprendí;
no sé qué es erudición;
libro, nunca le leí;
y en esto que digo aquí
no me ciega la pasión.

Si tuviera (y no es capricho)
templo también lo ignorante,
en él tuviera mi nicho;
y no juzguen que lo he dicho
porque estoy aquí delante.

Copla buena hacer no sé,
y no porque en mi presencia
ahora estoy lo digo á fé,
pues bien saben todos que
lo propio digo en mi ausencia.

Nací, en lo bobo, de pies;
soy, en lo loco, eminente;
y así, Museo, esto pues
es de Brenes el marqués,
no quitando lo presente.

Dejo la alabanza mía
y ahora, en acentos veloces,
á la música este día
alabaré la armonía.
aunque haya sobre esto voces.

Cada músico es de Anfión
un traslado, y no se pierda
nada de cualquier canción;
verán que el traslado con
su original bien concuerda.

Los cantos de las melosas
voces, encantan á cuantos
las oyen, y por pasmosas
áun más que piedras preciosas
quieren ellos estos cantos.

Las damas que aquí venero
son respeto á las que llamas
divinas, y de aquí infiero
que nunca hubo en el tablero
de lo hermoso iguales damas.

De don Juan Manuel de Rojas:

Hoy se manda desatar
la Musa en acentos gordos;
atención, pues, y á escuchar,
que solo con empezar
he de hacer que oigan los sordos.

No forme la duda asomo
que sin faltarle una sesma,
ni saber cuando ni cómo,
oyó un sordo mayordomo
por milagro de Cuaresma.

El empleo que ejercía
Judas el desesperado
también el sordo servía,
conque falta no le hacía
lo ciego y lo endemoniado.

Mostrando atención alerta,
sin que fuese á nadie encargo,
viendo la Academia abierta,
se puso el sordo á la puerta
con el oído tan largo.

Escuchó con buena fe
las dulces voces veloces
en que su remedio ve;
pues no hay ningún sordo que
no halle remedio en las voces.

De tanto cisne canora
la armonía fué su suerte,

A ellas con veneración,
aunque no soy muy bendito,
serviré en toda ocasión;
pues tengo esta devoción
desde que era tamañito.

De los oyentes en suma
el número de talentos
es tal, que es bien se presuma
que enumerarlos mi pluma
sería un cuento de cuentos.

El perdón, Museo elegante,
te pido y tu bendición;
pues poeta mendicante
soy, y tomaré el portante
como me den un perdón.

Entre obras vive famosas
siempre haciendo al mundo bien;
vive entre octavas y glosas,
y vive en coplas gloriosas
por siempre, jamás, amén.

que allí el acento mejora;
pues se escucha más sonora
cuanto más canta á la muerte.

De los otros versos hablo;
pues yo con afectos pios
juraría, por San Pablo,
que ensordeció el pobre diablo
solo de escuchar los míos.

De mi aplauso al comenzar
quise oír su parecer;
mas, sin quererme alabar,
empezó el sordo á mostrar
oídos de mercader.

Viendo al sordo tamañito
(sin más sal ni más especias)
de mis versos el conflicto
me pagó con el maldito
refrán de: á palabras necias.

Mas si la Academia suda,
para que el sordo distinga,
á mis versos luego acuda;
pues cuando ella es en *ayula*,
ellos serán su *geringa*.

Viendo en tantos defini los
temas sin ningunas menguas
los imposibles vencidos,
de tal sordo se hizo oídos

aun antes de hacerse lenguas.

No admiren tales destinos
que el tiempo ofrece presentes
por impulsos peregrinos,
que aun viviendo entre pollinos
muchos quieran ser oyentes.

Quien lo extrañe, en conclusión,
por quitar dudas y quejas,
repáre con atención
en que muchos que hoy lo son
tienen largas las orejas.

Ya tanto andado tenía
hacia el mérito que fragua
el sordo, que bien confía;
pues para serlo, valía
sus orejas llenar de agua.

Desde entonces con mil modos
en aplausos repetidos,
sin diferencia en apodos,
puso en alabar á todos
todos sus cinco sentidos.

Oh! Academia! tu triunfante
lauro goza (el sordo dijo)

y en duraciones constante,
sin contingencias de errante,
te admire el sol, astro fijo.

Cesen desde hoy mis enojos
que, si se quedan en calma
como groseros despojos,
tacto, gusto, olfato y ojos,
se lleva el oído el alma.

Daré de mi admiración
á tus glorias merecidas
auténtica información,
sin lisonja, ni pasión,
pues fui testigo de oídas.

Tu dulce, elegante acento,
digno el aplauso prefiera;
suene su voz que, en el viento,
la escucha mi oído atento
con voluntad y sin-cera.

Burla los lagos estigios
porque tanta fama cobras
que, sin duda, ni litigios,
no es mucho que obres prodigios
cuando haces tan buenas obras.

De don Pedro Joseph Bermúdez:

Un sordo que á los más nobles
dulces canoros Orfeos
rindió atenciones innobles,
acreditó los trofeos
de atraer peñas y robles.

Si de Orfeo el blando acento
los hombres pudo mover
silvestres, este portento
fué otra cosa que atraer
á sordos de entendimiento?

Si un sordo tan familiares
tratos en esta vivienda
introduce, los vulgares
juzgarán que es ya esta hacienda
la huerta de Palomares, (1)

Pues, sordo mío, si penas
por oír buenas poesías
honradas de gran Mecenas,
en estas quintillas más
Dios te las depare buenas.

Solo quisiera saber,
cuando versos te recetas,

qué fruto vas á coger?
Si no es que con ver poetas
abras ganas de comer.

Rara atención y cuidado
parándote á oír tuviste
á tanto ingenio aclamado;
pero ya si los oíste
no quedaste mal parado.

Y si al juntarse á decir
haces uno y otro bordo
con ansia de percibir,
tú no eres el peor sordo,
pues al fin quieres oír.

Y no como necio tanto
que, á los primores subidos
del dulce sonoro canto,
cierran los torpes oídos
como el áspid al encanto.

De este que sirve de escucha
á la reja, es bien se apoye
no ser la sordera mucha;
pues no es sordo el que no oye,

(1) Un caballero sordo dueño de una huerta cercana á la ciudad.